

CELEBRAR EN EL ESPÍRITU SANTO

Actitudes, gestos, símbolos

INTRODUCCIÓN

Para situar correctamente este tema, nada mejor que asumir el planteamiento del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que en su sencillez y sobriedad nos marca el camino a seguir: «En la Liturgia, el Espíritu Santo es el pedagogo de la fe del Pueblo de Dios, el artífice de las 'obras maestras de Dios' (*operum capitalium Dei*) que son los sacramentos de la Nueva Alianza. El deseo y la obra del Espíritu en el corazón de la Iglesia es que vivamos de la vida de Cristo resucitado. Cuando encuentra en nosotros la respuesta de fe que él ha suscitado, entonces se realiza una verdadera cooperación. Por ella, la Liturgia viene a ser la obra común del Espíritu Santo y de la Iglesia (*opus... commune Spiritus Sancti et Ecclesiae*)» (n. 1091).

Así pues, la obra del Espíritu en la liturgia de la Iglesia se concentra y resume paradigmáticamente en los sacramentos, que son las 'obras maestras de Dios'. La liturgia, y en particular la liturgia sacramental, es el lugar de la acción y manifestación del Espíritu¹. En los sacramentos, más que en ningún otro momento, es donde la Iglesia «celebra la venida del Espíritu y toma conciencia de su presencia y de su acción. Más aún, es toda su oración la que sin cesar nos trae la voz del Espíritu Santo»².

1 Cf. CCE 688: «La Iglesia [...] es el lugar de nuestro conocimiento del Espíritu Santo», y señala los lugares principales: en la Escritura, en la Tradición, en el Magisterio, «en la liturgia sacramental, a través de sus palabras y sus símbolos, en donde el Espíritu Santo nos pone en comunión con Cristo», etc.

2 A. G. Martimort, «L'Esprit Saint dans la liturgie», en *Credo in Spiritum Sanctum. Atti del Congresso Teologico Internazionale di Pneumatologia (1982)*,

El Espíritu realiza la obra de santificación de los hombres hasta su consumación³. Él comunica la vida divina, porque es «*dominum et vivificantem*», y lo hace sobre todo a través de los 'signos sacramentales', que tienen su fuente en el misterio pascual de Cristo. En efecto, la obra de nuestra salvación fue llevada a cabo por Jesucristo: es él quien, en obediencia al Padre y para llevar a cabo su plan de salvación, «*propter nos homines et propter nostram salutem*» (DS 150) se encarnó, nació, vivió, murió y resucitó. Pero Jesucristo realizó su obra salvífica, la que el Padre le encomendó, en el Espíritu Santo (cf. Lc 3, 21/Hech 4, 26; Lc 4, 14/Hech 10, 38; Lc 11, 20; Heb 9, 14). Y la continúa realizando en el mismo Espíritu (promesas del Paráclito: Jn 14, 16-17; 14, 25-26; 15, 26-27; 16, 7-11). Éste es el cometido de su misión y presencia en la Iglesia: «hacer visiblemente presente a Cristo resucitado 'a través de los signos' para que los hombres se hagan 'contemporáneos' de sus acciones salvíficas»⁴. En la economía de la encarnación, «la Iglesia es la *dispensadora visible* de los signos sagrados, mientras el Espíritu Santo actúa en ellos como *dispensador invisible* de la vida que significan. Junto con el Espíritu está y actúa en ellos Cristo Jesús»⁵.

I. Libreria Editrice Vaticana (Città del Vaticano 1983) 539. «Es primordialmente en el seno de la liturgia donde se expresa y se manifiesta la acción del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y la liturgia es el lugar normal de la educación de la fe de los fieles» (p. 517).

«Toda acción sacramental de la Iglesia surge del Espíritu y está acompañada y dirigida por él. El Espíritu es, al mismo tiempo, el origen, el medio y la meta del acontecer sacramental... Los sacramentos obran lo que obra el Espíritu» (Ch. Schütz, *Introducción a la Pneumatología*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1991, 305).

3 El designio divino de nuestra salvación «que se consuma en Cristo, primogénito y cabeza de la nueva creación, se realiza en la humanidad por el Espíritu que nos es dado: la Iglesia, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, la vida eterna» (CCE 886).

4 Comité para el Jubileo del Año 2000, *El Espíritu del Señor*, BAC (Madrid 1997) 105. El Espíritu Santo «hace que Cristo, que se ha ido, venga ahora siempre de un modo nuevo. Esta nueva venida de Cristo por obra del Espíritu Santo y su constante presencia y acción en la vida espiritual se realizan en la *realidad sacramental*. En ella Cristo, que se ha ido en su humanidad visible, viene, está presente y actúa en la Iglesia de una manera tan íntima que la constituye como Cuerpo suyo. En cuanto tal, la Iglesia vive, actúa y crece 'hasta el fin del mundo'. Todo esto acontece por obra del Espíritu Santo» (*Dominum et vivificantem*, n. 61; *Encíclicas de Juan Pablo II*. Ed. de J. A. Martínez Puche, Edibesa [Madrid 1993] 472s.).

Respecto de esta encíclica, J. Moltmann afirma que «se la puede considerar como un documento teológico de primer orden» (*El Espíritu de la vida. Una pneumatología integral*, Sígueme [Salamanca 1998] 85).

5 Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, n. 63, en o. c., p. 476. «En cada uno de los sacramentos actúa el Espíritu: mediante él, Dios santifica con su

Olegario González de Cardedal inicia la tercera parte de su *Entraña del cristianismo*, dedicada al Espíritu Santo, con esta afirmación fundamental: «El cristianismo tiene en la persona histórica de Cristo su entraña personal y su centro objetivo, pero ella no lo es todo, ya que constitutivamente se desborda hacia el Padre, a quien revela, y al Espíritu, que envía a sus apóstoles. En un sentido, el cristianismo está todo completo en Cristo y en otro está todo pendiente de la realidad que le otorga pervivencia histórica, verdad en las conciencias, potencia de vida y fecundidad universal. Esa realidad nueva es el Espíritu Santo»⁶.

Pero esta '*realidad nueva*' no es fruto de especulaciones gnósticas, sino un hecho de experiencia, la experiencia de su irrupción poderosa que, en los comienzos de la Iglesia, renovó la comunión de los discípulos con Jesús muerto y resucitado hasta hacer de ellos el 'Cuerpo de Cristo', la Iglesia. Este Espíritu «de tal modo vivifica todo el cuerpo, lo une y lo mueve, que su oficio pudo ser comparado por los Santos Padres con la función que ejerce el principio de vida o el alma en el cuerpo humano» (LG 7).

Como el alma en el cuerpo, así el Espíritu en la Iglesia: la metáfora quiere significar interioridad, compenetración, por eso «la imagen que mejor expresa el modo de la presencia y de la acción del Espíritu es la de *morada*, usada varias veces por san Pablo: 'el Espíritu de Dios habita en vosotros' (I Cor 3,16); 'vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros' (I Cor 6, 19)»⁷. Esta misma idea de '*morada*' como símbolo de la presencia íntima y permanente del Espíritu constituye el trasfondo de muchos himnos e invocaciones litúrgicas y devocionales: 'Ven, Espíritu creador, visita

gracia invisible a 'cuantos reciben dignamente los sacramentos. Invocando la venida del Espíritu Santo, la Iglesia afirma su propia fe de que los sacramentos no dependen del poder humano, sino que en ellos actúa la gracia divina: son dones que nos son dados de lo alto, que hay que pedir con súplicas y recibir con acción de gracias» (Comité Central del Gran Jubileo del Año 2000. Comisión Litúrgica, *Ven, Espíritu Santo*, Edice [Madrid 1997] n. 24, p. 18).

En palabras de F. X. Durrwell, «la Iglesia entera es el sacramento de la efusión del Espíritu. Pero en ella hay ritos particulares de santificación que se llaman sacramentos en un sentido más preciso. Resucitado en el Espíritu, Cristo se ha convertido en fuente del Espíritu para el mundo; fundada por el Espíritu, la Iglesia es el lugar donde brota el Espíritu; de igual modo los sacramentos particulares han sido instituidos [por Cristo] al mismo tiempo en el Espíritu, y son los canales por donde circula el Espíritu» (*L'Esprit Saint de Dieu* [Paris 1983] 106).

6 O. González de Cardedal, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario (Salamanca 1997) 693.

7 Comité Central del Gran Jubileo, *Ven, Espíritu Santo*, n. 6, p. 11.

las almas de tus siervos», «Ven., dulce huésped del alma..., entra hasta el fondo del alma», «Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles»⁸.

La referencia a la 'morada' como presencia íntima del Espíritu aparece también en la cuarta canción de *Llama de amor viva*, de San Juan de la Cruz: «¡Cuán manso y amoroso / recuerdas en mi seno, / donde secretamente solo moras / y en tu aspirar sabroso / de bien y gloria lleno, / cuán delicadamente me enamoras!», cuyo sentido profundo se encarna el mismo santo de desvelar⁹.

1. PRESENCIA Y ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN LOS SACRAMENTOS

1.1. ¿Qué son los sacramentos?

Comenzamos con esta pregunta porque, como hemos dicho, la liturgia sacramental es el lugar donde el Espíritu Santo se manifiesta y actúa de un modo particular¹⁰; por tanto, tenemos que empezar acotando y delimitando 'ese lugar'. Brevemente, los sacramentos son signos de la presencia y de la obra salvadora de Jesús. Signos que no sólo apuntan, señalan o evocan la realidad salvífica, sino que la *actualizan eficazmente*: es decir, la obra salvadora de Jesús, la que el Padre le encargó y para la que fue enviado, se hace presente y actual, por mandato y voluntad suyos, en el signo sacramental. Los sacramentos nos actualizan y ponen en comunión con

8 Cf. F. Vandenbroucke, *Esprit Saint dans la liturgie*, en DdS IV, col. 1286.

9 «El recuerdo que haces, ¡oh Verbo Esposo! en el centro y fondo de mi alma, que es la pura e íntima sustancia de ella, en que secreta y calladamente solo, como solo señor de ella, *moras*, no sólo como en su casa, ni sólo como en tu mismo lecho, sino también como en mi propio seno, íntima y estrechamente unido...» (San Juan de la Cruz, *Obras Completas*. Ed. de J. Vicente Rodríguez y F. Ruiz Salvador, Madrid 1988, 848).

Los verbos que utiliza san Juan de la Cruz en esta canción son muy expresivos: recordar, morar y enamorar. «Porque es una *aspiración* que hace al alma Dios, en que por aquel *recuerdo* del alto conocimiento de la Deidad, la aspira al Espíritu Santo con la misma proporción que fue la inteligencia y noticia de Dios, en que la absorbe profundísimamente en el Espíritu Santo, *enamorándola* con primor y delicadeza divina, según aquello que vio en Dios; porque siendo la *aspiración llena de bien y gloria*, en ella llenó el Espíritu Santo al alma de bien y gloria, en que la *enamoró* de sí sobre toda lengua y sentido en los profundos de Dios» (855).

10 «Cada sacramento lleva en sí la invocación (*epiclesis*) del Espíritu, y es en este medio sacramental donde se recibe la energía del Espíritu» (D. Staniloaë, *Oración de Jesús y experiencia del Espíritu Santo*, Narcea [Madrid 1997] 104).

las obras salvíficas del Señor y, así, por ellos nos llega a nosotros hoy la salvación que Cristo realizó con su vida, muerte y resurrección¹¹. Eso quiere decir que el sacramento se sitúa y explica en el ámbito de la 'mediación'¹²: hace posible el encuentro personal con Cristo, nos procura la participación de su salvación. La mediación pertenece a la estructura de la economía salvífica, que es radicalmente economía sacramental. Dios, la gracia, el reino, viene a nosotros, lo podemos percibir de algún modo y entrar en comunión con él mediante símbolos, palabras, experiencias que nos posibilitan el acceso a las realidades divinas desde nuestra condición humana. Cristo, con su encarnación, base y fundamento de la economía sacramental, es *el Mediador*: su carne media, trasluce, comunica entre vislumbres el misterio de Dios. Por eso, el punto de referencia y de comprensión del sacramento, de lo que es el sacramento en cuanto signo e instrumento de la comunión con Dios es Jesucristo, la salvación que él nos alcanzó y que ahora pone a nuestra disposición, durante el camino, en los distintos signos sacramentales y en las demás acciones litúrgicas.

1.2. *Los sacramentos, obras de Cristo y del Espíritu*

«¿Quién dicen los hombres que soy yo? [...] Tú eres el Cristo [...] Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho [...], ser condenado a muerte y resucitar a los tres días» (Mc 8, 27-31).

La pregunta por Cristo, por su identidad, lleva a la pregunta por su 'obra', la que él realizó una vez por todas en su misterio pascual (misterio de su muerte y resurrección), y por el modo cómo esa obra llega hoy a nosotros en nuestra historia. Jesús se presenta en los evangelios como el *Enviado del Padre* para cumplir una misión, para realizar el plan de Dios, la '*oikonomía*', para llevar a cabo su voluntad salvífica respecto de nosotros y de la creación entera (cf. Rom 8, 18-30; Ef 1, 4-14). Esta 'voluntad salvífica',

11 «Cristo actúa ahora [*después de la ascensión*] por medio de los sacramentos, instituidos por él para comunicar su gracia. Los sacramentos son signos sensibles (palabras y acciones), accesibles a nuestra humanidad actual. Realizan eficazmente la gracia que significan en virtud de la acción de Cristo y por el poder del Espíritu Santo» (CCE 1084).

12 Cf. L.-M. Chauvet, *Símbolo y sacramento. Dimensión constitutiva de la existencia cristiana*, Herder (Barcelona 1991), estudia en el cap. III *La mediación* (pp. 91-116).

la realización de la misma, se concreta y expresa en el 'reino', al que por eso mismo invita Jesús a entrar desde el comienzo de su misión: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed la Buena Noticia» (Mc 1, 15). Ésta es *la primera palabra* de Jesús en el evangelio de Marcos, y *la última*: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda la creación» (Mc 16, 15). Y la razón de este envío salvador la da el mismo Jesús en su diálogo con Nicodemo: «Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3, 17).

Ahora bien, en la realización de esta misión interviene decisivamente el *Espíritu Santo*: pues, *a)* por su medio se cumple el misterio de la Encarnación: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu esposa, porque lo concebido en ella viene del Espíritu Santo» (Mt 1, 20); *b)* bajo su impulso Jesús realiza su misión: «Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto... [Después] volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu» (Lc 4, 1.14). Por eso pudo decir el Bautista, refiriéndose a Jesús: «Aquél a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, porque le da el Espíritu sin medida» (Jn 3, 34); *c)* la ofrenda de su vida en sacrificio está sostenida por el Espíritu Eterno: «Pues si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de vaca santifica con su aspersion a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!» (Heb 9, 13-14); *d)* finalmente, el Padre lo resucita con la fuerza del Espíritu, pues como dice Pablo: «Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre» (Rom 6, 4), es decir, por el Espíritu Santo, de modo que «si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros» (Rom 8, 11). En resumidas cuentas, «habiendo sido concebido por obra del Espíritu Santo, toda su vida y toda su misión se realizan en una comunión total con el Espíritu Santo, que el Padre le da sin medida» (Jn 3, 34)» (CCE 1286)¹³.

13 «À travers les différences sensibles, il y a, chez les trois synoptiques, persistance d'une vue identique. Durant toute son existence humaine, Jésus est porteur de l'Esprit et agit dans sa puissance. Il n'y a pas de différence entre l'action de l'Esprit et la sienne. Jamais l'Esprit n'agit en dehors de Jésus, jamais

Así pues, *el misterio de Cristo no se entiende sin el Espíritu*. Y, en última instancia, «no podemos olvidar que el misterio trinitario es el origen y el término de la actividad de Cristo y del Espíritu en la historia de la salvación. La dimensión trinitaria es la que, en definitiva, da su verdadera hondura a los sacramentos»¹⁴. Los sacramentos remiten a Cristo, son signos de Cristo, comunican y actualizan la obra de salvación que él realizó *de parte del Padre y en el Espíritu Santo*. Como en todas las realidades cristianas, el misterio Trinitario de Dios es quien sostiene, da consistencia y explica lo que en los sacramentos y en toda la liturgia celebramos, lo que se nos comunica en ellos y el Dios que actúa, el único Dios que la fe confiesa como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pues «el misterio de la Trinidad es origen del camino de fe y su término último, cuando al final nuestros ojos contemplarán eternamente el rostro de Dios»¹⁵.

Jesús cumplió de manera definitiva e irrevocable el plan salvífico de Dios, aquel «misterio mantenido en secreto durante siglos eternos, pero manifestado al presente» (Rom 16, 25s.), «el misterio de su voluntad» (Ef 1, 9): lo realizó en su vida pública, sembrando la semilla del Reino con su palabra, sus signos de salvación, su cercanía a los pobres y pecadores como *icono vivo* de la misericordia del Padre. Esta visibilización o mostración del amor de Dios por nosotros a través de las palabras, de las acciones y de la vida entera del Señor, culmina en la cruz; aquí es donde se cumplen de veras las palabras de Jesús a Nicodemo: «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16) . Y por eso en la cruz —dirá Pablo con fórmula audaz— estaba el Padre reconciliando al mundo consigo (2Cor 5, 18s.). Pero Jesús muere, y desaparece de este mundo su figura y presencia visible. El misterio de la ascensión traduce simbólicamente este ser sustraído de este mundo, de la mirada y percepción de los hombres, del ámbito de los sentidos¹⁶.

Jésus n'agit sans l'Esprit. C'est l'Esprit qui fait produire à Jésus ces gestes significatifs où Dieu se révèle, ceux qui l'unissent à Dieu et ceux qui lui donnent d'apporter la vie aux hommes» (J. Guillet, en DBS, col. 181).

Cf. J. Moltmann, *El Espíritu de la vida. Una pneumatología integral*, Sígueme (Salamanca 1998): «El Cristo del Espíritu: la espiritualidad de Jesús» (pp. 75-81).

14 Ignacio Oñatibia, «Cristo y el Espíritu Santo en los sacramentos de la iniciación cristiana», en *Pastoral litúrgica*, nn. 240-241 (1997) 106.

15 *Incarnationis mysterium*, n. 3. Bula de Juan Pablo II convocando al Gran Jubileo del Año 2000: *Ecclesia* n. 2.923, 12-12-1998, p. 23.

16 La bellísima *Oda a la Ascensión* de fray Luis de León:

1.3. *¿De qué modo o cómo es ahora su presencia?*

Es una presencia pneumática, 'en el Espíritu'. Pentecostés simboliza la venida o descenso visible a este mundo del Espíritu Santo: a la misión del Hijo sigue la misión del Espíritu. La presencia y obra de Cristo se perpetúan por los siglos 'en' el Espíritu Santo enviado, a petición suya, por el Padre: «Yo pediré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre *l'eis tón aiona*'... El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre» (Jn 14, 16.26).

Cuando en la liturgia, y en la teología, empleamos la preposición 'en' para referirnos a la intervención del Espíritu, estamos diciendo que él es el ámbito de la presencia y de la acción de Dios y, en particular, de la presencia y acción de Cristo glorioso. El Padre «a quien nadie ha visto jamás» (Jn 1, 18) se hizo en cierto modo visible y se acercó a nosotros por el Hijo: «el Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado» (Jn 1, 18); por eso, «el que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14, 9). Y Dios sigue viniendo a nosotros por el Hijo, pero ahora el 'ámbito' de esta presencia y acción divinas es 'en' el Espíritu Santo, artífice de la humanidad de Jesús sometida a la muerte y de su glorificación por la resurrección. Ahora, el Padre se nos comunica y nosotros llegamos a él por la carne gloriosa de Cristo, toda ella vivificada y transfigurada por el Espíritu: «El Padre, que me ha enviado, posee la vida, y yo vivo por él. Así también, el que me coma vivirá por mí... El Espíritu es quien da la vida; la carne no sirve para nada» (Jn 6, 57.63).

«¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?
Los antes bienhadados
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

.....
¡Ay!, nube envidiosa
aun deste breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿dó velas presurosa?
¡cuán rica tú te alejas!

¡cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!» (*Obras Completas Castellanas de fray Luis de León*, II, BAC 3b [Madrid 41957] 781s.).

Ciertamente, el ámbito de la presencia y acción de Cristo 'en' el Espíritu Santo es inconmensurable, no tiene fronteras ni de tiempo ni de espacio, ni de culturas ni de lenguas, ni de razas ni de religiones: «sopla donde quiere» (Jn 3, 8). Sin embargo, él nos dejó unos 'signos' humildes y sencillos, verdaderamente universales, que concretan, acotan y visibilizan el espacio de la acción divina para no extraviarnos, para facilitarnos el camino: son los signos sacramentales, empezando por el *signo-raíz* que es la Iglesia. La Iglesia, en cuanto *cuerpo visible-sacramental* de Cristo, es el ámbito privilegiado de la acción del Espíritu: pues «donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios, allí la Iglesia y la totalidad de la gracia»¹⁷. Por eso, Pentecostés, lo que allí ocurrió, la manifestación de la Iglesia al descender sobre los Apóstoles el fuego de lo alto, es el sacramento del Espíritu. Jesús en su humanidad es el sacramento del Padre, su icono viviente, signo de su presencia y acción en el mundo: «¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras» (Jn 14, 10). De manera semejante y *mutatis mutandis*, la Iglesia suscitada e inhabitada por el Espíritu es el signo de la presencia y acción de Cristo en el mundo.

1.4. *El Espíritu remite siempre a Cristo*

Según la promesa de Jesús en el discurso de la última cena, el Espíritu «os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 15, 26); «él dará testimonio de mí» (Jn 14, 26); «él os guiará hasta la verdad completa; pues no hablara por su cuenta, sino que hablará lo que oiga y os anunciará lo que ha de venir» (Jn 16, 13).

El Espíritu, pues, remite todo a Cristo: la Iglesia tiene su cimiento y raíz en el costado abierto del Señor, pero se levanta y edifica en el Espíritu Santo. Por eso Jesús, al morir, nos entregó el Espíritu (Jn 19, 30). El Espíritu viene a nosotros por medio de la '*partida*' de Jesús de este mundo al Padre. Pues hasta entonces «aún no había Espíritu, ya que todavía Jesús no había sido glorificado» (Jn 7, 39). Pero en cuanto esto ocurrió, «al atardecer de aquel primer día de

17 San Ireneo, *Adv. haer.*, III, 24, 1: «Ubi enim ecclesia, ibi et Spiritus Dei; et ubi Spiritus Dei, illic ecclesia et omnis gratia; Spiritus autem veritas» (M. J. Rouët de Journel, *Enchiridion Patristicum*, Barcelona²²1962, n. 226, p. 91; también en *Sources Chrétiennes* n. 211 (Paris 1974) 474).

la semana... se presentó Jesús en medio de ellos... sopló sobre ellos y les dijo: 'Recibid el Espíritu Santo'» (Jn 20, 19-22).

Al denominar a la Iglesia '*sacramento principal*' estamos diciendo que ella es el lugar de la presencia y acción de Cristo *por excelencia, no en exclusividad*, porque Cristo es más que su propia '*obra*' y por eso no puede quedar encerrado ni limitado ni condicionado por ella. «En efecto, los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna» (LG 16).

1.5. *La presencia de Cristo en la Iglesia no es separable de la presencia y acción del Espíritu*, que es quien suscita y edifica la Iglesia. La Iglesia tiene su origen y fundamento en el '*misterio pascual*' que abarca los dos polos, o misiones, de la intervención divina: *Pascua y Pentecostés*. La '*condición sacramental*' alude al signo externo, a la realidad visible, y a la acción divina, invisible, actuando a través de él. Tal condición es aplicable a la Iglesia y de forma eminente. Por eso el Concilio pudo decir que la Iglesia es «en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1). Junto con la referencia a Cristo como constitutiva del signo sacramental, hay que añadir la referencia al Espíritu, igualmente constitutiva. Porque «cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia y de esta manera los creyentes pudieran ir al Padre a través de Cristo en el mismo Espíritu» (LG 4). La misión del Espíritu está en relación con su *obra de santificación* de la Iglesia como sacramento principal, y dentro de ella, de los signos sacramentales. En Pentecostés suscitó a la Iglesia en las personas de los apóstoles, santificándolos, llenándolos de sí, transformándolos: «Ésta es la fuerza / que pone en pie a la Iglesia / en medio de las plazas / y levanta testigos en el pueblo, / para hablar con palabras como espadas / delante de los jueces»¹⁸. El mismo Espí-

¹⁸ *Liturgia de las Horas: Himno de tercia*. «Une autre propriété de la Pentecôte est de déloger ceux qui sont remplis de l'Esprit. Alors qu'à Pâques nous entrons dans l'église à la suite du cierge allumé au feu nouveau, la descente des langues de feu nous presse de sortir à la rencontre des hommes pour y prononcer les paroles brûlantes qui émeuvent le coeur» (J.-Y. Quellec, «Le feu et la liturgie», *Communautés et Liturgies* 69 [1987] 14).

ritu santifica igualmente los signos sacramentales para hacer de ellos signos eficaces de la presencia y acción de Cristo.

Es, pues, necesario «contemplar conjuntamente la acción de Cristo y la acción del Espíritu en los sacramentos, porque así aparecen ambas, indisolublemente ligadas entre sí, en la realidad sacramental de la Iglesia, como lo estuvieron en la historia de la salvación. Las dos acciones se complementan e iluminan mutuamente»¹⁹.

1.6. *La fuerza sanadora de Jesús obra en los sacramentos por el Espíritu Santo*

Jesús, durante su vida pública, inauguró el Reino de Dios, la presencia de la salvación escatológica, a través de diversos 'signos', que eran eficaces por la fuerza que salía de él, esa fuerza divina que había descendido sobre él con ocasión de su bautismo, cuando «se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal [*somatikô eídei*], como una paloma» (Lc 3, 21s.).

Pero el gran signo o sacramento de su obra de salvación fue su muerte y resurrección, el misterio pascual. Aquí se fundan y de aquí se alimentan y nutren todos los sacramentos y sacramentales (cf. SC 61)²⁰, empezando por la Iglesia que brota del costado de Cristo muerto en la cruz. Los sacramentos son, en el ámbito del sacramento principal, la Iglesia, los signos por medio de los cuales Cristo continúa, presencializa y comunica su obra de salvación. Y como su ministerio mesiánico se inició bajo la unción del Espíritu que vino sobre él y le llenó de su fuerza para hacer signos y prodigios de salvación (cf. Lc 4, 18-21), así también hoy el mismo Espíritu descende sobre los sacramentos para hacer de los dones de la tierra (pan, vino, agua, aceite) y del corazón del hombre bien dispuesto signos de la presencia y acción sanadora de Cristo.

19 Ignacio Oñatibia, *Cristo y el Espíritu Santo...*, 105.

20 Cf. SC 61; cf. Santo Tomás, *STh.*, q.62 a.5 ad c.; q.64 a.1 ad 2.

«Esta fuente procedió,
Esposa, de mi costado,
con los siete sacramentos,
que de su herida emanaron.
Llegue quien tuviere sed;
que del agua y el pan santo

le daré satisfacción» (Lope de Vega, *La Siega*: N. González Ruiz, *Piezas Maestras del Teatro Teológico Español*. I. *Autos Sacramentales*, BAC 17 [Madrid 1946] 95).

La fuerza que salía de Jesús y curaba²¹ es la misma fuerza que brota de los sacramentos: esta fuerza santificadora y sanadora es el Espíritu Santo. El Espíritu *santifica* a la Iglesia y así la hace 'cuerpo-sacramento' de Cristo, y, en este 'cuerpo', santifica y consagra los dones sacramentales para hacer de ellos signos de la presencia y salvación de Cristo. Pues como enseña el Catecismo, «los siete sacramentos son los signos y los instrumentos mediante los cuales el Espíritu Santo distribuye la gracia de Cristo, que es la Cabeza, en la Iglesia que es su Cuerpo» (CEE 774).

1.7. *El Espíritu Santo, ámbito divino de la acción litúrgica*

Aunque la Iglesia en su liturgia no acostumbra a dirigirse directamente al Espíritu²², sin embargo, toda ella, toda la liturgia, está penetrada por su presencia: «la Iglesia reza, obra y vive en el Espíritu Santo»²³. Y de tal modo que «el Espíritu vivifica toda celebración litúrgica y la hace fructífera para la vida de los creyentes. Él invita interiormente a fieles y ministros a acoger la palabra de Dios, a creer y a convertirse, movidos por él (...). Gracias al Espíritu Santo toda celebración litúrgica es nueva, única y fructuosa. Nueva, porque el Espíritu no cesa de renovar y de impulsar a la renovación en un crecimiento progresivo. Él hace actualmente presente (*hodie*) y eficaz el misterio de salvación realizado de una vez para siempre y anticipa su consumación

21 Cf. Lc 5, 17: «Y el poder [*dynamis*] del Señor le hacía obrar curaciones». Lc 6, 19: «Toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza [*dynamis*] que sanaba a todos».

Lc 8, 46: «Jesús dijo: 'Alguien me ha tocado, porque he sentido que una fuerza [*dynamis*] ha salido de mí'».

22 «La invocación directa del Espíritu Santo está testimoniada en las liturgias occidentales únicamente en himnos, aclamaciones, secuencias, responsoarios y antífonas, pero no en oraciones» (Ch. Schütz, *Introducción a la Pneumatología*, Secretariado Trinitario [Salamanca 1991] 303).

Sin embargo, cf. *Missale Hispano-Mozarabicum*, CEE, Arzobispado de Toledo 1991: *In feria quae praecedat Pentecosten pro Adventu Paracliti Spiritu Sancti* (pp. 535-540): *Oratio admonitionis*. «Veni ad nos, Sancte Spiritus... Crea in nobis ignem amoris tui, quo nostri maculae aboleantur delicti».

Sabbato ante Pentecosten pro Adventu Paracliti Spiritus Sancti (pp. 541-545). *Post Pridie*: «Spiritus Sancte, qui a Patre et Filio procedis...».

In Die Sanctae Pentecosten (pp. 547-557). *Oratio ad Gloriam*: «O Spiritus Sancte, qui a Patre Filioque procedis...».

Post Pridie: «Suscipe, quaesumus, Spiritus Sancte, omnipotens Deus, sacrificia te auctore instituyente decreta...».

23 Comité Central del Gran Jubileo, *Ven, Espíritu Santo*, n. 7, p. 11.

(...). Única, porque toda celebración litúrgica es un momento singular de gracia, en el Espíritu Santo, ofrecido en un determinado tiempo y espacio a determinadas personas. Fructuosa, porque cada celebración es un don otorgado por la plenitud del Espíritu de Dios. En efecto, la celebración está impregnada por la vida y el fervor del Espíritu»²⁴. Por eso se puede decir que la liturgia, sobre todo la liturgia sacramental, es la obra común ('*sinergia*') del Espíritu y la Iglesia (cf. CCE 1091)²⁵.

Lo que Cristo hizo, su obra de salvación, que realizó de múltiples modos, culminando en la cruz y resurrección, hoy se actualiza por medio de los sacramentos que él nos dejó como signos eficaces de su presencia y acción salvífica. Pero tanto entonces como ahora, Cristo actúa en el Espíritu Santo bajo su impulso y moción: es el ámbito divino de su presencia y acción salvífica. El Espíritu Santo actualiza, santifica, permanentemente el signo principal, la Iglesia, que él suscitó y edifica como 'cuerpo-sacramento' de Cristo, y en ella hace continuamente presente a Cristo y su obra a través de los signos sacramentales. La acción del Espíritu Santo en los sacramentos deriva y está en estrecha continuidad con su influjo y presencia en la vida y obra de Jesús.

Los sacramentos son, pues, signos de Cristo en el Espíritu Santo, en cuanto que el Espíritu lo llena de Cristo y de su salvación. Pues «el Espíritu Santo no tiene una economía 'autónoma' propia; su actividad se sitúa 'dentro' de la única economía de Cristo y al servicio de la misma: en el corazón mismo del misterio de Cristo, en su dimensión histórica, en su cuerpo que es la Iglesia y en su presencia sacramental»²⁶.

²⁴ *Ib.*, nn. 8-9, p. 12.

²⁵ Cf. D. Staniloæ, *Oración de Jesús y experiencia del Espíritu Santo*, Narcea (Madrid 1997): «La Iglesia es el campo del Espíritu, y, por tanto, es el lugar donde se realiza la salvación... La oración de la Iglesia es una sinergia con el Espíritu que tiende a reunir todas las personas en Cristo» (pp. 99.104).

Por su parte, J. Corbon afirma: «El Espíritu Santo, cuya fuente eterna es el Padre, es enviado desde el comienzo del tiempo con el Hijo y por '*pour*' él. El Espíritu es la misión materna del Padre junto a los hombres, para que conozcan al Hijo, sean incorporados a él y les comuniquen su Vida. Por eso él es en el corazón de los hombres la atracción ('*l'attirance*') del Padre hacia Jesús, su pasión por su Hijo y todos sus hijos, su comunión extendida con profusión [...]. Ahora, en este Cuerpo (de Cristo) que ha vencido los límites de la muerte, el Espíritu actúa con potencia. Y cuando suscita en nosotros la respuesta a su Energía multiforme, el Espíritu y la Iglesia hacen uno en una admirable sinergia: la liturgia» (*Liturgie de Source* [Paris 1980] 77s.).

²⁶ I. Oñatibia, art. cit., 109.

Ahora bien, si el modo de presencia de Cristo entre nosotros después de la ascensión es '*en el Espíritu*', y si la presencia de Cristo se actualiza de una manera particular en los sacramentos, éstos no pueden entenderse sin la acción santificadora del Espíritu. El paso de Cristo a los sacramentos no puede darse si no es en el Espíritu Santo. De hecho, «por el Espíritu Santo que vive en Cristo y, en consecuencia, en la Iglesia, el Señor sigue ejercitando su poder en la Iglesia, no sólo con palabras, sino con actos directos. Este poder lo ejerce, particularmente, a través de los sacramentos, la liturgia y la respuesta fiel, positiva, que da a las plegarias de la Iglesia»²⁷.

2. CELEBRAR EN EL ESPÍRITU SANTO: ACTITUDES FUNDAMENTALES

Teresa de Jesús comienza el libro de las *Moradas* poniendo de relieve la importancia de las actitudes en lo que se refiere a Dios: «Porque la que no advierte con quién habla y lo que pide y quién es quién pide y a quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios... Mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene a la boca y tiene deprendido por hacerlo otras veces, no la tengo por oración, ni plega a Dios que ningún cristiano la tenga de esta suerte»²⁸.

La liturgia es un conjunto de acciones, palabras, gestos, signos y símbolos mediante los cuales celebramos la salvación. Por su misma naturaleza, el marco en que la liturgia se desenvuelve es fijo, no se inventa cada día; este marco estable, conocido, es el rito, los distintos ritos que configuran la celebración»²⁹.

²⁷ D. Staniloaë, o. c., 97s.

²⁸ *Moradas del Castillo interior*. Moradas primeras, cap. I, 7. *Obras Completas*. Edición manual preparada por Efrén de la Madre de Dios y Otger Stegink, BAC [Madrid 1962] 347.

²⁹ «El rito es... la acción del hombre donde éste se percibe, tanto en esta acción como en la palabra que la acompaña, como ser religioso. De donde se deducirá para el rito la misma consecuencia que para la palabra. La palabra es expresión, realización del hombre, como una comunicación de Dios con él al mismo tiempo que de él, pero el hombre la comprende originalmente como un don de Dios, con Dios. Asimismo, el rito es precisamente esta acción en que el hombre se siente actuando en el obrar divino: lo que el hombre hace con ello es una acción divina, es una acción que Dios hace por él, en él, tanto como él la hace en Dios y por Dios» (L. Bouyer, *El rito y el hombre. Sacralidad natural y liturgia*, Estela [Barcelona 1967] 59).

Contando con esto, a saber, con la estructura ritual de la celebración, la creatividad, como la inculturación, en la liturgia tiene cabida hasta cierto punto, puesto que lo fundamental de la acción litúrgica *nos es dado*, no es conquista nuestra. El entramado de palabra y elemento material que constituyen el signo sacramental³⁰ nos precede siempre. Lo que la Iglesia, en la presencia y bajo la fuerza del Espíritu, celebra en la liturgia es la historia de la salvación, siempre de nuevo actualizada, es decir, hecha presente, ofrecida como don y gracia, como invitación y posibilidad de entrar en esa historia, de ser alcanzados por la gracia que en ella actúa y se revela. Pero esta 'historia salutis' en sus componentes esenciales ya ha sido realizada (carácter escatológico del misterio y obra de Cristo); no es que la historia de la salvación se haya concluido al escribirse la última página de la Biblia, como si nosotros y los que vengan detrás de nosotros no fuésemos más que meros espectadores de esta 'historia de libro' ya cerrada; la historia de la salvación continúa haciéndose con nosotros y hasta la gloriosa venida de nuestro Señor Jesucristo. Pero la forma de hacerse esta historia de salvación hoy es desde aquella historia ya realizada «una vez para siempre *l'ephapax*'» (Heb 9, 12), incorporándonos a ella, a su dinamismo salvífico actuado y hecho presente por el Espíritu Santo.

La liturgia es la memoria viva de esta historia; y decir 'memoria' es contarla incesantemente (*'hosákis'*: cf. 1Cor 11, 23-26). La palabra que configura el sacramento, que cuenta la historia de salvación que en la celebración se actualiza, es siempre la misma y se contiene en el libro de la revelación, en la Sagrada Escritura. Por lo cual, ninguna creatividad, ninguna inculturación de la liturgia, en cualquier situación histórica, geográfica o cultural, podrá prescindir jamás de esta palabra, de este relato, de esta historia, si quiere hacer memoria, actualizar la obra de la salvación realizada por Dios en favor nuestro.

Pero tampoco podremos saltarnos los símbolos fundamentales, en los que y por medio de los que la palabra se materializa, se encarna y así se nos comunica la salvación a nuestra medida y según nuestra condición. Estos símbolos también se nos han dado, no han sido inventados o escogidos por nosotros: la cruz, el pan y el vino, el agua, el aceite, la imposición de manos, la oración sálmica, la plegaria eucarística. Los límites de la creatividad o de la

30 «*Detrahe verbum, et quid est aqua nisi aqua? Accedit verbum ad elementum, et fit sacramentum, etiam ipsum tamquam visibile verbum*» (S. Agustín, *In Io, Evang. Tr. 80, 3*: Sant'Agostino, *Commento al Vangelo di San Giovanni*, Città Nuova Editrice (Roma 1968) 1236).

inculturación son estrechos, son los límites mismos impuestos por la autolimitación (o kénosis) de Dios en la encarnación del Verbo. Por tanto, «cualquiera que sea su origen étnico y cultural, los cristianos deben reconocer en la historia de Israel la promesa, la profecía y la historia de su salvación. Reciben los libros del Antiguo Testamento lo mismo que los del Nuevo como palabra de Dios. Y aceptan los signos sacramentales, que no pueden ser plenamente comprendidos sino mediante la Sagrada Escritura y dentro de la vida de la Iglesia. [...] La Biblia ofrece [...] a la liturgia lo esencial de su lenguaje, de sus signos y de su oración»³¹.

Esto viene a cuento para subrayar el carácter ritual de la liturgia, es decir, para mostrar que la incesante repetición de palabras, gestos y ritos no es un capricho de la Iglesia, como tampoco de las demás religiones con sus respectivos rituales³², sino que se corresponde con la naturaleza de la celebración de la salvación ya acontecida una vez, y que siempre se actualiza precisamente a través del testimonio, del relato y de los símbolos que el Señor nos dejó en memoria suya.

Ahora bien, el ritual inevitable puede degenerar, si no se ponen las debidas cautelas, en ritualismo probable, cuya consecuencia más lamentable es el vaciamiento expresivo del rito³³ y, con ello, su misma función simbólico-comunicativa.

31 Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *La Liturgia Romana y la Inculturización*, IV. Instrucción para aplicar debidamente la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* (nn. 37-40), nn. 19.23 (*Ecclesia* n. 2.692, 2-7-1994).

«Inculturare in materia liturgica significa anzitutto inculturare in profondità i formulari, ossia radicarli nelle forme più autentiche e più pure del culto ancestrale. Bisogna dunque riconoscere che *inculturare* vuol dire *in-culturare*, giacché la 'cultura' liturgica di un popolo altro non è che il 'culto' ricevuto dai propri Antenati. Ciò facendo, le giovani Chiese potrebbero mettere a disposizione dei loro cristiani formulazioni ricche di risonanza sacrale, senza peraltro forzare minimamente la struttura della preghiera eucaristica romana» (C. Giraudo, «Leucologia anaforica tra istanze di inculturazione e fedeltà alla tradizione: per una crescita del 'despositum ecclesiae orantis'», *Ecclesia Orans* 16 [1999] 322).

32 «Es un error pensar que pueda existir una religión que sea totalmente interior» (M. Douglas, citado por S. Maggiani, «Rito-Ritos», en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Paulinas [Madrid 1987] 1744). En todo caso, el rito «est un acte qui peut être individuel ou collectif mais qui, toujours, lors même qu'il est assez souple pour comporter une marge d'improvisation, reste fidèle à certaines règles qui, précisément, constituent ce qu'il y a en lui de rituel. [...] La répétition est donnée dans l'essence même du rite» (J. Cazeneuve, *Sociologie du rite* [Paris 1971] 12.13).

33 «Le ritualisme conduit à vider le rite de sa valeur expressive» (R. Saint-Jean, *Rites*, DdS XIII, col. 691).

El lenguaje ritual con su fijeza, su estilo solemne y descolgado de la calle, con sus gestos moldeados por el paso de los siglos, puede engullir al Espíritu y neutralizar la novedad, la libertad, la sorpresa de Dios. Como no se trata de una mera posibilidad, sino de un riesgo real al que el hombre religioso está expuesto, y más que expuesto, tiene suma importancia la recomendación de santa Teresa acerca de las actitudes con que hay que entrar en la oración o en la celebración de los sagrados misterios. Y aquí parece estar el 'quid' de la cuestión. Si, con frecuencia, no se consigue hacer vivas, significativas, atractivas las celebraciones litúrgicas, es porque falta algo previo y fundamental: una adecuada disposición religiosa para entrar en la celebración. ¿Para qué son los ritos, qué transmiten los ritos, en comunión con quién nos ponen? El problema, el verdadero problema, es hoy 'Dios', no los ritos, y menos los ritos sacramentales que, al fin y al cabo, en sus elementos fundamentales, proceden de Él y remiten a Él. Cada vez nos cuesta más imaginarnos a Dios, tener noticia de Dios, respirar a Dios, porque la cultura secularizante lo ha arrinconado, lo ha quitado de la vista y arrancado del corazón³⁴. Por eso no es seguro que con un mero cambio de ritos, con la modernización de la liturgia, íbamos a llegar mejor a Dios y a experimentarlo más cercano. Algo de esto ya se ha intentado, y se continúa intentando, de diversas maneras, por ejemplo, con liturgias para jóvenes o para niños, sin que muchos de ellos acaben por alcanzar una experiencia viva de Dios y por eso siguen desertando masivamente de la Iglesia.

Celebrar en el Espíritu Santo es celebrar bajo su influjo, en su atmósfera vital, es empezar tomando conciencia de adónde venimos, ante quién estamos, quién nos ha convocado, quién nos habla, a quién rezamos y cantamos, qué es lo que celebramos³⁵.

34 Cf. «Dios es Amor», Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española en los umbrales del Tercer Milenio aprobada en la LXX Asamblea Plenaria (27-11-1998): *Ecclesia* n. 2.924, 19-12-1998: «La fe viva en el Dios vivo se encuentra seriamente combatida no sólo por las faltas de coherencia interna de la vida cristiana, sino muy especialmente por una cultura pública despojada de la fe que da lugar a una atmósfera asfixiante para los creyentes. [...] El desafío de este 'secularismo' a la fe en Dios no se presenta sólo bajo la forma de pregunta abierta y retadora, sino que con mucha frecuencia toma hoy la forma del gesto de desdén o del silencio sistemático» (n. 8).

35 «Las palabras del que ora han de ser mesuradas y llenas de sosiego y respeto. Pensemos que estamos en la presencia de Dios *l'sub conspectu Dei*'. Debemos agradar a Dios con la actitud corporal y con la moderación de nuestra voz *l'et habitu corporis et modo vocis*'. [...] Y cuando nos reunimos con los hermanos para celebrar los sagrados misterios, presididos por el sacerdote de Dios, no debemos olvidar este respeto y moderación *l'vere-*

Esta catequesis inicial es fundamental para el logro de la celebración; porque si no se consigue crear un clima *religioso* adecuado que ayude a todos los participantes a tomar conciencia de lo que van a celebrar, y, por tanto, de las actitudes y disposiciones que deben poner en juego, entonces es muy difícil que la celebración sea fructuosa en verdad, y no un mero y aburrido sucederse de palabras y gestos incomprensibles y nada interesantes. En todas las celebraciones habría que crear ese ambiente religioso, y de un modo particular en la misa.

Clima de oración, actitud orante, disposición a la escucha de la palabra y a la participación en el sacrificio eucarístico: todo esto intentan suscitar los ritos de introducción de la misa. Pero si en este primer momento no se entra, ¿cómo se va a acoger con fe la palabra?, y si la palabra resbala, ¿cómo se va a participar con fruto del sacramento? Y ya se puede acudir a misa todos los domingos, y se puede incluso comulgar en cada misa, como falte esta primera disposición, como la actitud fundamental de ponerse en presencia de Dios, de abrirse a la acción del Espíritu Santo, esté ausente, entonces todo se reducirá a «*mucho menear los labrios*».

Esta actitud de apertura al Espíritu Santo para celebrar el misterio de la salvación y entrar en comunión con Dios, se exige a toda la asamblea celebrante y, de un modo particular, a su presidente, es decir, a aquel que representa y actúa en nombre y en la persona de Cristo cabeza de la Iglesia. Pues aquí, y especialmente aquí, se percibe rápidamente quién actúa identificándose con el misterio que trae entre manos o lo hace al modo de un funcionario con poco sueldo y mucho trabajo. También al presidente de la celebración le amenaza hoy, por la escasez de sacerdotes y la multiplicación de tareas pastorales, el peligro de «*mucho menear los labrios*».

3. CELEBRAR EN EL ESPÍRITU SANTO: GESTOS DE SU PRESENCIA

Junto a la actitud de adoración, interiorización y reverencia (*'timor Domini'* como principio de la sabiduría ³⁶), que conviene

cundiae et disciplinae memores esse debemus') (San Cipriano, *Tratado sobre el Padrenuestro*: LH III, domingo XI, pp. 292.293, cf. *Obras de San Cipriano*, Ed. J. Campos, BAC 241 [Madrid 1964] 201s.).

³⁶ Pr 1, 7 con la nota de la *Biblia de Jerusalén* (ed. 1998) a este texto: mediante esta sabiduría «se desarrolla una relación personal con el Dios de la alianza, hasta el punto de que temor y amor, sumisión y confianza son todo uno» (p. 911).

cultivar para entrar en la acción litúrgica con buen pie, la celebración 'en' el Espíritu Santo se expresa también a través de determinados 'gestos': es la actitud hecha gesto corporal³⁷. Empezando por la señal de la cruz.

Romano Guardini tiene a este propósito una reflexión preciosa, que merece la pena recordar por extenso: «Cuando hagas la señal de la cruz, procura que esté bien hecha. No tan de prisa y contraída, que nadie la sepa interpretar. Una verdadera cruz pausada, amplia [...]. ¿No sientes cómo te abraza por entero? Haz por recogerte: concentra en ella tus pensamientos y tu corazón, según la vas trazando [...], y verás que te envuelve en cuerpo y alma, de ti se apodera, te consagra y santifica. ¿Y por qué? Pues porque es signo de totalidad y signo de redención. En la Cruz nos redimió el Señor a todos, y por la Cruz santifica hasta la última fibra del ser humano. De ahí el hacerla al comenzar la oración, para que ordene y componga nuestro interior, reduciendo a Dios pensamientos, afectos y deseos; y al terminarla, para que en nosotros perdure el don recibido de Dios; y en las tentaciones, para que Él nos fortalezca; y en los peligros, para que Él nos defienda; y en la bendición, para que, penetrando la plenitud de la vida divina en nuestra alma, fecunde cuanto hay en ella. Considera estas cosas siempre que hicieres la señal de la cruz. Signo más sagrado que éste no le hay. Hazlo bien: pausado, amplio, con esmero. Entonces abrazará él plenamente tu ser, cuerpo y alma, pensamiento y voluntad, sentido y sentimiento, actos y ocupaciones; y todo quedará en él fortalecido, signado y consagrado por virtud de Cristo y en nombre de Dios uno y trino»³⁸.

La celebración eucarística, como las demás acciones litúrgicas, comienza con este gesto: «terminado el canto de entrada, el sacerdote y toda la asamblea hacen la señal de la cruz» (OGMR 28); más adelante aparece la triple signación ('*per-signarse*') en la frente, en los labios y en el pecho, un gesto que, aunque no esté prescrito

37 Cf J. Aldazábal, *Gestos y símbolos I-II*, Dossiers CPL, 24 y 25 (Barcelona 1984).

38 R. Guardini, *Los signos sagrados*, Ed. Litúrgica Española (Barcelona 1965) 13s. Para una aproximación a la vida y obra de Guardini, cf. A. López Quintás, *Romano Guardini, maestro de vida*, Palabra (Madrid 1998). Según este autor, Guardini «defendió enérgicamente que el cultivo de la experiencia litúrgica debe estar impulsado por la fuerza del simbolismo, que eleva nuestro espíritu hacia la totalidad de lo real... Al perder el sentido del juego y del símbolo, se ciega la sensibilidad para comprender y vivir rectamente la liturgia» (pp. 83.84). Y por eso, en expresión del propio Guardini, «la primera tarea de la formación litúrgica es recobrar el sentido del simbolismo» (citado en p. 340).

para los fieles, sino sólo para el ministro del Evangelio ³⁹, es muy significativo para todos: como expresión, en primer lugar, del paso de la palabra oída al entendimiento, signándose en la frente, pues como Jesús mismo nos explicó, «sucede a todo el que oye la Palabra del Reino y no la comprende, que viene el Maligno y arrebatando lo sembrado a lo largo del camino... Pero el que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la Palabra y la entiende: éste sí que da fruto» (Mt 13, 19.23). En segundo lugar, el signo de la cruz se hace en los labios, porque la palabra recibida, como la luz encendida, es para proclamarla luego a los demás, de modo que alumbré a todos (cf. Mt 5, 14-16), estando «siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1Pe 3, 15). Y en tercer lugar, el signo de la cruz se traza sobre el pecho, porque, en última instancia, si la palabra no penetra dentro, animando y transformando el corazón, no dará el fruto esperado (cf. Sant 1, 22ss.: Rom 2, 13 y la advertencia de Jesús sobre la importancia de 'cumplir' o 'poner en práctica' la palabra sobre cualquier otra circunstancia, incluidos los lazos carnales más estrechos [Lc 8, 21; 11, 27s.]).

En la celebración eucarística, el Espíritu hace del gesto de la señal de la cruz un memorial de Cristo y de su obra salvífica ⁴⁰: al comienzo de la misa uniendo gesto e invocación como ámbito de sentido de toda la celebración: Dios Trinidad y la obra de la redención; en el Evangelio como culmen de la palabra de Dios actuando en la historia, pues es la palabra del Verbo encarnado ⁴¹; y al final de la misa como prenda de bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu sobre los que han participado en los sagrados misterios y son ahora enviados a anunciar y dar testimonio de la salvación celebrada. Pero el signo que más directamente expresa la presencia santificadora del Espíritu es la extensión de las manos del

39 Cf. OGMP 95, *Ceremonial de Obispos* 74. «Todos los que asisten a la liturgia deberían hacer esta señal del mismo modo con reverencia y claridad» (P. J. Elliot, *Guía práctica de liturgia*, Pamplona 1996, 73).

40 «El Espíritu y la Iglesia cooperan en la manifestación de Cristo y de su obra de salvación en la Liturgia *l'cooperantur ut Christus Eiusque opus salutis manifestentur in liturgia'*. Principalmente en la Eucaristía, y análogamente en los otros sacramentos, la Liturgia es *Memorial* del Misterio de la salvación. El Espíritu Santo es la memoria viva de la Iglesia (cf. Jn 14, 26)» (CCE 1099).

41 Cf. OLM 4.5.9, etc. «En la liturgia de la Palabra, el Espíritu Santo 'recuerda' *l'revocat in memoriam'* a la asamblea todo lo que Cristo ha hecho por nosotros» (CCE 1103). «El Espíritu Santo es quien da a los lectores y a los oyentes, según las disposiciones de sus corazones, la inteligencia espiritual de la Palabra de Dios. A través de las palabras, las acciones y los símbolos que constituyen la trama de una celebración, el Espíritu Santo pone a los fieles y a los ministros en relación viva con Cristo» (CCE 1101).

sacerdote (y concelebrantes) sobre los dones del pan y del vino en la epiclesis junto con el gesto de bendición de los mismos ⁴².

La consagración se realiza por la fuerza de lo alto, es decir, del Espíritu, que vivifica las palabras de Cristo que el sacerdote pronuncia en su persona, para que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y en la sangre del Señor ⁴³.

«La celebración litúrgica se refiere siempre a las intervenciones salvíficas de Dios en la historia» (CCE 1103). Por eso, nunca falta en la celebración sacramental la anámnesis de las obras admirables de Dios que en ella se actualizan. «El Espíritu Santo, que despierta así la memoria de la Iglesia, suscita entonces la acción de gracias y la alabanza» (CCE 1103).

Cf. P. M. Pagano Fernández, *Espíritu Santo Epiclesis Iglesia. Aportes a la eclesiología eucarística*, Secretariado Trinitario (Salamanca 1998); el apartado «Liturgia de la Palabra y Epiclesis», pp. 253-267.

42 «La liturgia cristiana no sólo recuerda (*'commemorat'*) los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes. El misterio pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones las que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único Misterio (*'qui unicum mysterium reddit actuale'*)» (CCE 1104). La liturgia expresa esta presencia activa del Espíritu en la epiclesis. Porque la epiclesis es «la actualización por la Iglesia de la misma oración que Cristo anuncia en su discurso después de la Cena: 'Yo rogaré al Padre y él os dará otro Paráclito' [Jn 14, 16]» (A. G. Martimort, art. cit., 517: cf. nota 2).

Por su parte, B. de Margerie, «L'Esprit-Saint dans les formules sacramentelles», en *Credo in Spiritum Sanctum* II, 1066-1067, expone tres razones principales que sustentan la teología de la epiclesis:

1. El don sacramental es algo sobrenatural, gratuito. Todo lo gratuito sobrenatural se atribuye al Espíritu Santo y como don que es tiene que ser invocado, pedido; ahora bien, la Iglesia ora e impetra este don unificada por el mismo Espíritu Santo: «nulla ergo oratio christiana haberi postest sine Sancti Spiritus actione, qui, totam Ecclesiam uniens, per Filium ducit ad Patrem» (IGLH, 8).

2. La oración de la Iglesia es inseparable de la de su Cabeza, Cristo, que ora por nosotros y ora en nosotros. ¿Qué pide Cristo a su Padre? El 'otro' Paráclito (Jn 14,16). «Las epiclesis eclesiales manifiestan y prolongan en el tiempo y en el espacio la epiclesis primordial de Cristo Jesús, Mediador, Donador y Enviador del Don del Padre que es el Espíritu, en la multiplicidad unificada de los carismas sacramentales. Dicho de otro modo, nosotros somos el Cuerpo de Cristo en el Espíritu, por el Espíritu, para el Espíritu. Las epiclesis sacramentales significan que la misión del Verbo es inseparable de la del Espíritu que la prolonga» (p. 1066).

3. Cristo pide al Padre para la Iglesia «la gracia de participar por el don de la caridad del Espíritu (Rom 15, 30) en su propio retorno eterno hacia el Padre en el Espíritu, procediendo por vía de amor del Padre hacia el Hijo y del Hijo hacia el Padre» (p. 1067).

«Brevemente, las epiclesis sacramentales significan y manifiestan visiblemente el obrar unificador del Espíritu en la Iglesia, la incesante oración del Hijo por la Iglesia, la eterna generación del Hijo y la eterna procesión del Espíritu prolongadas en sus misiones temporales» (p. 1067).

43 «Haec ergo dona, quaesumus, Spiritus tui rore sanctifica, ut nobis Corpus et Sanguis fiant Domini nostri Iesu Christi» (*Misal Romano*, ed. 1983, p. 1030).

Según el Catecismo, «este signo de la efusión todopoderosa del Espíritu Santo, la Iglesia lo ha conservado en sus epiclesis sacramentales»⁴⁴. Así, en el bautismo de los niños, cuando por razones pastorales se omite la unción prebautismal, el ministro dice: «Os fortalezca el poder de Cristo Salvador, que vive y reina por los siglos de los siglos», e inmediatamente impone la mano sobre cada uno de los niños, sin decir nada⁴⁵. En el rito de la confirmación la imposición de manos se relaciona explícitamente con la efusión del Espíritu pentecostal: «Es esta imposición de manos la que ha sido con toda razón considerada por la tradición católica como el primitivo origen del sacramento de la Confirmación, el cual perpetúa, en cierto modo, en la Iglesia la gracia de Pentecostés»⁴⁶.

En el *Post Prædicatione* de la misa *In Die Sancto Pentecosten*, del *Missale Hispano-Mozarabicum*, se pone de relieve la obra del Espíritu en el seno de la Virgen y en la consagración del pan y del vino: «Suscipe, quaesumus, Spiritus Sancte, omnipotens Deus, sacrificia te auctore instituentem decreta; qui illibatae virginis in utero quondam membra, in qua Verbum caro fieret, quibus hoc rite sacrificium competeret, immaculata formasti. In cuius haec similitudinem Corporis et Sanguinis munera ingerimus, et ut plenitudinem debitae sanctificationis te ditificante obtineant supplicamus» (p. 555). Y en la oración sobre las ofrendas del Común de Santa María Virgen para el tiempo de adviento: «El Espíritu Santo, que fecundó con su poder el seno de María, santifique, Señor, las ofrendas que te presentamos sobre el altar» (MR, p. 708).

Cf. P. M. Pagano Fernández, o. c., especialmente los capítulos 5 y 6: «Epiclesis anafórica actual» y «El contenido teológico y la forma sacramental de la epiclesis» (pp. 105-246).

⁴⁴ CCE 699; cf. en la confirmación n. 1.300; en el sacramento del orden, n. 1.573.

Cf. P. M. Pagano Fernández, o. c., el cap. 8: «La epiclesis extraeucarística», donde estudia brevemente la epiclesis en los sacramentos desde la centralidad de la eucaristía (pp. 281ss.). Para este gesto el reciente estudio, detenido y detallado, de G. Cavalli, *L'imposizione delle mani nella tradizione della Chiesa latina. Un rito che qualifica il sacramento*, Pontificium Athenaeum Antonianum, Roma 1999, especialmente el capítulo 6.º: «L'imposizione delle mani: per una teologia dei sacramenti» (pp. 203-204): «L'operazione di recupero dell'imposizione delle mani diventa anche un criterio di verità nell'attuazione dell'azione sacramentale» (222).

⁴⁵ *Ritual del bautismo de los niños*, n. 120.

El *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* prevé la extensión de las manos hacia los catecúmenos: nn. 79, 95, 149, 164 (además aquí, terminada la oración de exorcismo del primer escrutinio, el celebrante impone la mano en silencio a cada uno de los elegidos, y también en el siguiente exorcismo del segundo escrutinio, n. 171, y del tercero, n. 178), 187, 192.

⁴⁶ Pablo VI, Const. Apost. *Divinae consortium naturae* sobre el sacramento de la Confirmación. Y en la monición que precede a la imposición de manos se dice: «El día de Pentecostés, los Apóstoles recibieron una presencia muy especial del Espíritu Santo. Los obispos, sus continuadores, transmiten

Los dos sacramentos llamados de curación (cf. CCE 1421) también mantienen el gesto de la imposición de manos: en la absolución sacramental el sacerdote extiende ambas manos o, al menos la derecha, sobre la cabeza del penitente ⁴⁷. En la unción de los

desde entonces el Espíritu Santo como un don personal por medio del sacramento de la Confirmación, que ahora va a comenzar con la imposición de manos del obispo» (*Ritual de la Confirmación*, nn. 30-32; cf. *Observaciones previas*, n. 7; cf. *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, n. 230).

Sin embargo, el *Ordo confirmationis 9* considera que este gesto «etsi ad validam sacramenti collationem non pertinet...», cosa que ha sido muy criticada, entre otros por A. Nocent, pues «tanto la *Constituzione Apostolica* quanto l'omelia prevista per la confermazione non cessano di ricordare como tradizionale il gesto dell'imposizione delle mani nella Chiesa latina, per conferire lo Spirito»: cf. A. Nocent, II. Scicolone, F. Brovelli, A. J. Chupungco, *Anàmnesis. 3/1. La Liturgia, i sacramenti: teologia e storia della celebratione*, Marietti (Genova 1986) 123.

Sobre este punto también, D. Borobio, *La iniciación cristiana*, Sígueme (Salamanca 1996): *El signo sacramental de la confirmación. 1. Imposición de manos* (450-452).

Por su parte, G. Cavalli, *L'imposizione delle mani...*, afirma: «Nonostante le perplessità suscitate dalla mancata inclusione dell'imposizione delle mani nell'elemento essenziale della confirmazione, il nuovo rituale propone un rito que si articola in due momenti, imposizione delle mani e crismazione. Pur limitando alla crismazione l'elemento essenziale, tanto la *Constituzione apostolica* come i *Praenotanda* e la celebrazione presentano un continuo rimando all'imposizione delle mani. L'antico gesto delle mani, elemento non ritenuto necessario, oltre ad essere momento fontale del sacramento, como risulta dalla tradizione, nella riforma post-conciliare è diventato parte necessaria dell'economía del rito fatta di gesti e di parole che compongono la celebrazione rendendone accessibile la comprensione» (192s.).

La misma importancia sacramental atribuye a este gesto el *Missale Hispano-Mozarabicum*: en la Vigilia pascual, después del bautismo, viene la 'crismatio', que se expresa con estas palabras: «Signum vitae aeternae, quod dedit Deus Pater omnipotens per Iesum Christum, Filium suum, credentibus in salutem». Y a continuación viene la 'manuum impositio' sobre cada uno de los bautizados, diciendo: «Sancte Spiritus, omnipotens Deus..., quorum in precatione descendens, vel manuum impositione te tribuens, post lavacri festa candida, salutaris plena tui charismatis effusione fulsisti» (p. 390).

47 *Ritual de la penitencia*, nn. 102, 133, 151; cf. *Praenotanda*, n. 19. Cf. G. Cavalli, *L'imposizione delle mani...*, al tratar de este gesto en el sacramento de la reconciliación habla de «il recupero di un elemento antico» (196-199). Pero esta recuperación del gesto epiclético sólo parece expresarse correctamente en la tercera forma de celebración de este sacramento. Al final de su estudio vuelve sobre ello: «Nel rituale per la penitenza solamente il rito con assoluzione generale propone una struttura dove l'imposizione delle mani è prevista secondo un modello in sintonia con quello degli altri sacramenti. Negli altri due *ordo* proposti, dove è prescritta la confessione e assoluzione individuale, il gesto delle mani si risolve nel segreto rapporto tra confessore e penitente. Ma l'imposizione sembra esigere un contesto nel quale è previsto l'attivo e consapevole coinvolgimento orante della comunità» (p. 223).

enfermos, inmediatamente antes de la liturgia del sacramento, el sacerdote, en silencio, impone las manos sobre la cabeza del enfermo⁴⁸. Finalmente, en los dos sacramentos al servicio de la comunidad, orden y matrimonio (cf. CCE 1533-1534), la imposición de manos expresa también un simbolismo epiclético, aunque con valor diferente en cada uno de ellos⁴⁹. Según el Pontifical Romano, este gesto se realiza en silencio en la ordenación episcopal: primero impone las manos el obispo ordenante principal y luego los demás obispos presentes; en la ordenación de presbíteros el obispo impone las manos sobre el elegido y luego todos los presbíteros presentes; en la ordenación de diáconos sólo el obispo impone las manos⁵⁰. El Ritual del matrimonio prevé la extensión de las manos sobre los esposos en la bendición nupcial después del Padrenuestro con claro contenido epiclético⁵¹.

Finalmente, el mismo gesto epiclético de la efusión del Espíritu que simboliza la extensión de las manos, se hace en la oración de consagración del santo crisma por el obispo; también aquí, en el momento central de esta oración, los presbíteros concelebrantes extienden las manos sobre la vasija del crisma o crismera: «A la vista de tantas maravillas, te pedimos, Señor, que te dignes santificar con tu bendición [+l este óleo y que, con la cooperación de Cristo, tu Hijo,

48 *Ritual de la unción y de la pastoral de enfermos*, nn. 139, 156b, 164; cf. *Praenotanda*, n. 19.

49 G. Cavalli señala que «bisogna attendere a lungo perchè prima la teologia e poi il magistero riconoscano nel gesto neotestamentario [de la imposición de manos] l'única materia essenziale del sacramento dell'ordine [...]. Nonostante il largo consenso che progressivamente conquista questa tesi, solamente la costituzione apostolica di Pio XI, *Sacramentum Ordinis*, del 30 novembre 1947, risolve definitivamente la questione a favore dell'imposizione delle mani (o. c., pp. 144.145).

50 *Pontifical Romano: Ordenación del obispo, de los presbíteros y de los diáconos* (2.ª ed. típica), nn. 45, 81; 130, 158, 284; 206, 234, 276.

«Che l'imposizione delle mani e la solenne preghiera consacratoria ottenessero nuovamente il pieno riconoscimento di segni essenziali, era il primo dei 'desiderata' che ci si attendeva della riforma [...]. Non solo nelle preghiere consacratorie, ma anche nel gesto dell'imposizione delle mani emerge da un lato l'accordo, dall'altro la differenziazione dei tre ordini; e ciò per il fatto che il 'collegio' che impone le mani è determinato diversamente» (B. Kleinheyser, *Ordinazioni e ministeri*: La Liturgia della Chiesa. Manuale di Scienza Liturgica, volume 9; B. Kleinheyser - E. Von Severus - R. Kaczynski, *Celebrazioni sacramentali. III. Ordine, Matrimonio, Vita religiosa, Esequie, Benedizioni, Esorcismo*, Elle Di Ci, Leumann [Torino 1994] 80-81). Cf. G. Cavalli, *L'imposizione delle mani...*, al referirse a este gesto en el sacramento del orden renovado por el Vaticano II habla de «la centralità ritrovata» (pp. 177-183).

51 *Ritual del matrimonio* (2.ª ed. típica), nn. 82, 113, 143, 170, 179, 213, 244, 269, 296, 301, 336, 347, 349, 351, 353.

de cuyo nombre le viene a este óleo el nombre de crisma, infundas en él la fuerza del Espíritu Santo...»⁵².

4. CELEBRAR EN EL ESPÍRITU SANTO: SÍMBOLOS DE SU PRESENCIA

4.1. El nombre mismo de '*Espíritu*', tanto en hebreo, '*ruaj*', como en griego, '*pneuma*', como en latín, '*spiritus*', significa viento, aire, aliento, soplo, respiración⁵³. El Espíritu es el '*aliento*' de la vida, por eso está presente desde el principio de la creación: «la tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas» (Gén 1, 2)⁵⁴. Y empieza la obra de la creación. Y al terminarla con la creación del hombre se dice: «Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente» (Gén 2, 7). De estas primeras intervenciones de Dios mediante su '*espíritu*' o '*aliento*' de vida se hacen eco muchos textos del AT y del NT: así, el Salmo 103, 29s.: «Escondes tu rostro y se espantan; les retiras el aliento y expiran, y vuelven a ser polvo; envías tu aliento, y los creas, y repueblas la faz de la tierra». O como leemos en el libro de Job: «Si él retirara a sí su espíritu, si hacia sí recogiera su soplo, a una expiraría toda carne, el hombre al polvo volvería» (Job 34, 14-15). De una manera muy gráfica aparece la acción vivificante del soplo de Dios en la visión de los huesos secos que cuenta Ezequiel: «Huesos secos... he aquí que yo voy a hacer entrar el espíritu en vosotros, y viviréis... Así dice el Señor Yahveh: 'Ven, espíritu, de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos para que vivan'» (Ez 37, 4-5.9)⁵⁵.

52 *Misal Romano*. II. *Jueves Santo. Misa crismal*, Secretariado Nacional de Liturgia (Madrid 1971) 78. Cf. G. Cavalli, «L'imposizione delle mani nei documenti del Concilio» (o. c., pp. 160-170), mientras que dedica el capítulo 5.º a estudiar «L'imposizione delle mani nella revisione post-conciliare della celebratione dei sacramenti» (pp. 171-202).

53 «Le grand symbole de l'Esprit est le souffle, celui de la respiration ou celui du vent» (J. Guillet, *DdS* IV, col. 1.246; cf. también H. Cazelles, *DBS* 11, col. 128-135; J. Aldazábal, «Los símbolos nos dicen cómo actúa el Espíritu», *Phase* 223 [1998] 41-53).

54 Cf. J. Moltmann, *Dios en la creación. Doctrina ecológica de la creación*, Sígueme (Salamanca 1987): «Creación en el Espíritu» (pp. 22-26); Id., *El Espíritu de la vida. Una pneumatología integral*, Sígueme (Salamanca 1998): «Espíritu, la fuerza vital de Dios» (54-57); G. Müller-Fahrenholz, *El Espíritu de Dios. Transformar un mundo en crisis*, Sal Terrae (Santander 1996): «El Espíritu de Dios: principio básico de la creación» (pp. 29-40).

55 «Dans ce texte, le thème central est celui de l'animation et le souffle y est au service de la vie comme un principe vivifiant (vv. 1, 5, 6, 8, 9, 10, 14), selon

Encontramos también la acción vivificante del Espíritu como sopro de vida en la aparición del Resucitado en la tarde de pascua: entonces, al confiar a sus discípulos la continuación de su misma misión, «sopló sobre ellos y les dijo: 'Recibid el Espíritu Santo'» (Jn 20, 22). Pero es sobre todo en pentecostés cuando la fuerza del Espíritu se hace sensible y perceptible: entonces, «de repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo» (Hech 2, 2-4)⁵⁶.

Aquí aparecen descritos los símbolos del Espíritu, al comienzo de la nueva creación inaugurada por la muerte de Cristo como tránsito a la vida plena en la resurrección que se comunica a la Iglesia en pentecostés: el viento y el fuego. El viento de Dios que sopla en el comienzo del mundo (Gén 1, 2) y cuando Israel atraviesa el Mar Rojo (Éx 14, 21) camino del Sinaí, donde recibirá la adopción filial como pueblo de Dios (Éx 19, 3-6), sopla ahora sobre los discípulos para poner en marcha la Iglesia por los caminos del mundo; aquel fuego que vio Moisés arder en la zarza sin consumirse (Éx 3, 2s.), ahora se posa sobre cada uno de ellos «y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse» (Hech 2, 4).

En la liturgia de la Iglesia el símbolo del viento como aliento de vida, por tanto, como símbolo del Espíritu vivificante no es muy frecuente; aparece en la consagración del crisma; entonces el obispo, antes de comenzar la oración consecratoria, «sopla sobre la boca de la vasija del crisma». También el Ritual de la iniciación cristiana de adultos en el rito de entrada en el catecumenado, primer grado, señala en el momento del exorcismo y renuncia a los cultos paganos que «el celebrante, volviéndose a cada uno de los candidatos, sopla suavemente, diciendo: 'Rechaza, Señor, con el sopro de tu boca a los malignos espíritus: Mán-dales que se aparten, porque se acerca tu reino'»⁵⁷.

une image antique (Gn 2, 7; 7, 22; Qo 12, 7)» (R. Kuntzmann, *DBS* 11, col. 148; cf. W. Kasper, «El Espíritu de la vida. Meditación teológica sobre el Espíritu Santo», *Communio. RevCatInt.*, ed. Argentina, junio 1998, pp. 6-16).

56 «Les phénomènes audibles et visibles, le bruit du souffle qui ébranle la maison, les langues de feu qui se posent sur chacun des assistants ne sont que des signes de l'Esprit. Mais en évoquant la théophanie du Sinaï, ils donnent à l'événement une valeur fondatrice, et à l'Esprit, une place capitale dans cette fondation» (J. Guillet, *DBS* 11, col. 185).

57 *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, n. 79 (p. 39). Pero añade a continuación que «si en algún sitio este sopro, aun leve, pareciera menos conve-

En pentecostés el símbolo del Espíritu es el viento y el fuego⁵⁸. Pero ya antes el Bautista se había referido al bautismo nuevo de Jesús que sería «con Espíritu Santo y fuego» (Mt 3, 11). Aunque es más problemático, también podría verse una alusión al Espíritu en aquella enigmática palabra de Jesús sobre el fuego: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!» (Lc 12, 49)⁵⁹.

En todo caso, «el fuego es un símbolo particularmente expresivo de la doble función paradójica del Espíritu Santo: agente a la vez de la recesión de Dios fuera del mundo en su absoluta santidad y de la procesión de Dios en el mundo por comunicación de su santidad al hombre»⁶⁰.

Pero tampoco es muy frecuente este símbolo del fuego en la liturgia; el fuego nuevo con que se inicia la Vigilia pascual hace alusión a Cristo resucitado, a la luz de la fe que con él se ha encendido: «La luz de Cristo, que resucita glorioso, disipe las tinieblas del corazón y del espíritu»⁶¹. Pero si Dios resucitó a Jesús de entre los muertos por el Espíritu⁶², no sería una extrapolación simbólica

niente, se omite, y el celebrante dice la fórmula anterior con la mano derecha levantada hacia los candidatos, o de otro modo acomodado a la mentalidad de la región, o bien sin ningún gesto».

58 Cf. J. Moltmann, *El Espíritu de la vida. Una pneumatología integral*, Sigue-me (Salamanca 1998): «Metáforas para la experiencia del Espíritu» (pp. 290-307).

59 La nota de la *Biblia de Jerusalén* a Lc 12, 49 en su nueva edición revisada y aumentada (1998) dice: «Este fuego, evidentemente simbólico, puede revestir significaciones diferentes según los contextos: el Espíritu Santo, o también el fuego que purificará y abrasará los corazones y que debe encenderse en la cruz».

Según Moltmann, en este texto «no se alude al incendio apocalíptico del mundo, sino a la irrupción del reino de Dios mediante la efusión del Espíritu Santo sobre toda carne. A eso mismo se refiere también la promesa mesiánica puesta en boca de Juan Bautista: 'Él os bautizará con Espíritu Santo y con fuego' (Mt 3, 11; Lc 3, 16 según Mal 3, 2-3). Es el fuego de la purificación y de la refundición de todas las cosas: una imagen de la re-creación del mundo» (o. c., 302).

60 L.-M. Chauvet, *Símbolo y sacramento. Dimensión constitutiva de la existencia cristiana*, Herder (Barcelona 1991) 517.

61 *Misal Romano* (ed. 1983), palabras que pronuncia el sacerdote al encender el cirio pascual con el fuego nuevo (p. 278).

Y en el *Missale Hispano-Mozarabicum*, CEE - Arzobispado de Toledo 1991, en la «*Benedictio cerei in sacrario*»: «Eum indignis manibus nostris oblatum accendimus, precantes bonitatem tuam, ut emissione Spiritus Sancti tui, qui quondam in similitudinem ignis divisionemque linguarum in apostolorum tuorum corda perspicuus fulgensque apparuit, eum benedicere et sanctificare digneris» (p. 370).

62 Cf. Rom 8, 11; también cf. nota de la *Biblia de Jerusalén* a Rom 1, 4b, donde se recogen los lugares en los que Pablo trata de la resurrección de Cristo.

puramente arbitraria ver en el soplo que aviva el fuego nuevo del que se prenderá el cirio pascual, símbolo de Cristo resucitado, una figura de la acción vivificadora del Espíritu, «por el que resucitaste a Jesús de entre los muertos»⁶³. El simbolismo de este fuego se prolonga en la procesión del Evangelio para significar que es el fuego del Espíritu el que da vida a la palabra, junto a la pila bautismal para encender de él la luz de Cristo y en las exequias como testimonio de la esperanza que atraviesa los umbrales de la muerte.

Con el fuego se asocia también el incienso que se quema simbolizando el sacrificio y el humo perfumado se eleva al cielo llenando la casa de Dios⁶⁴. Algunos autores se quejan, con razón, de la ausencia de este símbolo en los ritos sacramentales y reivindican una liturgia «bajo el signo del fuego», o sea, más atenta y abierta a la acción-inspiración del Espíritu⁶⁵.

El símbolo del fuego está muy presente en las invocaciones del Espíritu: «Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos la llama de tu amor *l'tui amoris in eis ignem*

63 Prefacio VI dominical del tiempo ordinario: *Misal Romano*, p. 445.

64 «Se quema incienso sobre el altar para significar que el sacrificio de Cristo, que se perpetúa allí sacramentalmente, sube hasta Dios como suave aroma y también para expresar que las oraciones de los fieles llegan agradables y propiciatorias hasta el trono de Dios» (*Ritual de la dedicación de iglesias y de altares*, n. 16b).

«En el rito de la dedicación de una iglesia hay un momento en que se coloca sobre el altar un brasero con fuego para quemar incienso o aromas. Sobre este altar se celebrará el memorial del sacrificio pascual de Cristo. Como los sacrificios del AT eran consumidos por el fuego, aquí estamos expresando que el fuego del Espíritu es el que consume y hace presente el sacrificio de Cristo» (J. Aldazábal, «Los símbolos nos dicen cómo actúa el Espíritu», en *Phase* 223 (1998) 49).

En el *Missale Hispano-Mozarabicum*, en el *Post Pridie* de la misa *In Die Sancto Pentecosten*: «Qui tu vere ille ignis es, qui patrum nostrorum acceptans sacrificia divinitus consumpsisti ly se refiere al fuego de Elías en el Monte Carmelo en presencia de los profetas de Baal; simili nunc, quaesumus, has hostias dignatione suscipias, divinitatis tuae igne salvifico omnium peccatorum nostrorum affectionem exurens» (p. 555).

65 «Il nous faut d'abord constater une lacune. Le langage du feu n'intervient guère dans les sacrements de l'Église» (J.-Y. Quellec, «Le feu et la liturgie», *Communautés et Liturgies* 69 (1987) 23). Por su parte, en la misma revista, D. Dufrasne, *Symboles, signes et rites du feu dans la liturgie romaine*, termina expresando estos 'souhais': «On aimerait rencontrer le feu dans les sept sacrements de l'Église. Il y est absent... Qu'on ne trouve aucun rite du feu dans les sacrements peut encore se comprendre par la difficulté pratique d'imaginer et de mettre en place un tel rite... Mais qu'aucun texte eucologique ne mentionne le feu, voilà qui est plus déconcertant» (p. 55). Este autor, además del cirio y el incienso, relaciona con el símbolo del fuego la lámpara del tabernáculo, el pan eucarístico, el color rojo y la ceniza.

*accende'*⁶⁶. En el «*Veni creator*» se le invoca como «*fons vivus, ignis, caritas, et spiritalis unctio*», y se le pide que «encienda la luz para los sentidos» («*accende lumen sensibus*'). Luego, san Juan de la Cruz se referirá a este fuego divino como «*llama de amor viva*» que quema, abrasa, purifica, transforma. Pues según enseña el Catecismo, «como el fuego transforma en sí todo lo que toca, así el Espíritu Santo transforma en vida divina lo que se somete a su poder»⁶⁷. Y por eso invocamos su acción transformadora en la epiclesis de los distintos sacramentos.

4.2. Nos faltan por recordar otros dos símbolos importantes del Espíritu Santo que están presentes en la liturgia con más fuerza: el agua y el aceite⁶⁸.

El simbolismo del agua, con su doble poder destructivo y vivificador, es un símbolo universal⁶⁹. La primera carta de Pedro inter-

66 A pesar de lo que dice D. Dufrasne en la nota anterior, en algunas oraciones sí se alude al fuego como símbolo del Espíritu («*Sancti Spiritus igne*»): en la memoria de san Francisco de Sales, oración sobre las ofrendas; en la oración colecta de san Felipe Neri; en la oración sobre las ofrendas de san Alfonso M. de Ligorio.

En las preces de las vísperas del domingo de Pascua pedimos: «Cristo... derrama el fuego del Espíritu Santo sobre los que has querido que fueran testigos de tu resurrección en el mundo» (LH II, 451).

En el *Missale Hispano-Mozarabicum*, en la «*feria quae praecedit Pentecosten pro Adventu Paracliti Spiritu Sancti*», en la *Oratio admonitionis*: «*Veni ad nos, Sancte Spiritus... Crea in nobis ignem amoris tui, quo nostri maculae aboleantur delicti... Ut te in nos respiciente, qui ignis consumens es, nostrorum prius vitiorum excoquatur rubigo, et sic demum, te veniente, tribuatur gratiae plenitudo*» (p. 536). Y la oración *Ad Pacem*: «*Christe, Dei Filium, qui Spiritum Sanctum in speciem ignis super discipulos emisisti... dignare hoc igne nostrorum mentium frigus expellere...*» (p. 537).

67 N. 1127; cf. n. 696: «El fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo... La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo».

68 «Ces symboles sont spontanément suggestifs, ils peuvent être équivoques; l'Esprit de Dieu n'est pas une sorte de milieu nourricier, d'atmosphère divine qu'il s'agirait d'aspirer, un rayonnement de pureté et de fraîcheur dont on se laisserait envahir comme par une musique. L'Esprit n'est pas un élément naturel, il est au contraire celui qui n'appartient pas à notre monde, et la force suggestive de ces symboles est précisément de nous ouvrir à une présence et à une action totalement différentes de celles de la nature» (*DdS*, IV, col. 1.247).

69 Los ritos del agua son expresivos en todas partes, como tal «symbolisme 'immémorial et oecuménique' appartient aux archétypes de la conscience humaine, aux 'constantes de l'imagination'» (J. Gaillard: *DdS*, IV, col. 22).

Cf. Romano Guardini, *Los signos sagrados*, Ed. Litúrgica Española (Barcelona 1965) 59-61.

preta el agua del diluvio como una figura del bautismo: «en los días en que Noé construía el arca, en la que unos pocos, es decir, ocho personas, fueron salvados a través del agua; a ésta corresponde ahora el bautismo que os salva» (1Pe 3, 20-21; cf. 1Cor 10, 1-2). En el AT los ríos de agua viva, el agua purificadora, aluden a la acción creadora de Dios por medio de su espíritu: «Derramaré agua sobre el sediento suelo, raudales sobre la tierra seca. Derramaré mi espíritu sobre tu linaje, mi bendición sobre cuanto de ti nazca» (Is 44, 3; cf. 32, 15). Y por el profeta Ezequiel promete Dios «un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar», y esto se realizará porque «os infundiré mi espíritu y haré que caminéis según mis preceptos y que pongáis por obra mis mandatos» (Ez 36, 25.27; cf. 39, 29; Joel 3, 1-2)⁷⁰.

Anteriormente hemos aludido a la diferencia que marca Juan entre su bautismo y el de Jesús «con Espíritu Santo y fuego». En efecto, en su diálogo con Nicodemo establece Jesús una íntima vinculación entre el agua y el Espíritu: «En verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios» (Jn 3, 5). Que el agua sea un símbolo del Espíritu Santo se encarga de recordárnoslo el cuarto evangelio⁷¹: «El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús, puesto en pie, gritó: 'Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva'. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él» (Jn 7, 37-39). Y al morir Jesús, «entregó el espíritu», entrega que a continuación se simboliza en el agua que brotó del costado abierto del Salvador (cf. Jn 19, 30.34)⁷². Ahora se cumple la promesa que hizo a la Samaritana junto al pozo de Jacob: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: 'Dame de beber', tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva... y el agua que yo le dé se convertirá en él

70 Sal 35, 10: «Porque en ti está la fuente viva y tu luz nos hace ver la luz». Jr 2, 13: «Doble mal ha hecho mi pueblo: a mí me dejaron, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen». Cf. Ez 47: la visión de la fuente del Templo.

71 «D'après l'ensemble de la théologie johannique, l'eau n'est que le signe sensible de cette 'eau vivante' qu'est l'Esprit Saint» (J. Gaillard: *DdS* IV, col. 22).

72 «El Espíritu es también personalmente el Agua viva que brota de Cristo crucificado (cf. Jn 19, 34; 1Jn 5, 8) como de su manantial y que en nosotros brota en vida eterna (cf. Jn 4, 10-14; 7, 38; Éx 17, 1-6; Is 55, 1; Za 14, 8; 1Cor 10, 4; Ap 21, 6; 22, 17)» (CCE 694; cf. n. 2.652).

En las I vísperas de Pentecostés pedimos: «Fecunda el mundo con tu Espíritu, agua viva que mana del costado de Cristo...».

Y en laudes: «Tú, que elevado en la cruz hiciste que manaran torrentes de agua viva de tu costado, envíanos tu Espíritu Santo, fuente de vida».

en fuente de agua que brota para vida eterna» (Jn 4, 10.14). Y por eso, en la visión final de la Jerusalén futura, «el que está sentado en el trono dijo: 'al que tenga sed, yo le daré gratuitamente del manantial de agua de la vida'» (Ap 21, 6; cf. 22, 17). Hacia esta fuente conduce «el Cordero que está sentado en medio del trono»: él «los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida» (Ap 7, 17). Este 'agua de la vida' es, sin duda, símbolo del Espíritu, como aparece al comienzo del último capítulo del Apocalipsis: «Luego me mostró el río de agua de Vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero» (22, 1). Aquí, en lo más íntimo de Dios está, según el bellísimo poema de san Juan de la Cruz, «la fonte que mana y corre, aunque es de noche [...] y que cielos y tierra beben de ella, aunque es de noche»⁷³.

En la liturgia, el agua desempeña un papel fundamental: según la palabra de Jesús, es la 'materia' del sacramento de la vida nueva, del bautismo. Claro que no por ella misma, sino en virtud de la acción del Espíritu sobre las aguas, como al principio de la creación⁷⁴. En la oración de la bendición del agua en la Vigilia paschal se recuerdan las intervenciones salvíficas de Dios vinculadas al agua, para terminar invocando el descenso del Espíritu vivificador: «Mira ahora a tu Iglesia en oración y abre para ella la fuente del Bautismo. Que esta agua reciba, por el Espíritu Santo, la gracia de tu Unigénito, para que el hombre, creado a tu imagen y limpio en el Bautismo, muera al hombre viejo y renazca, como niño,

⁷³ *Obras Completas*, ed. de J. Vicente Rodríguez y F. Ruiz Salvador, Ed. de Espiritualidad (Madrid 1988) 72-73.

⁷⁴ «El simbolismo del agua es significativo de la acción del Espíritu Santo en el bautismo, ya que, después de la invocación del Espíritu Santo, ésta se convierte en el signo sacramental eficaz del nuevo nacimiento» (CCE n. 694; cf. n. 1.218).

«Gens sacranda polis hic semine nascitur almo / quam fecundatis Spíritus edit aquis» (*Inscripción en el baptisterio de san Juan de Letrán*: cf. DACL II, col. 415).

«Peccata enim purgare et hominem sanctificare aqua sola non potest nisi habeat Spiritum Sanctum... quia baptisma esse sine Spiritu non potest» (San Cipriano, Ep 74, 5: *Obras de San Cipriano* [ed. Julio Campos], BAC 241 [Madrid 1964] 697).

«Aguas video quas videbam quotidie, istae me habent mundare in quas saepe descendi et nunquam mundatus sum? Hinc cognosce quod aqua non mundat sine Spiritu» (S. Ambrosio, *De mysteriis*, IV.19: Sources Chrétiennes, n. 25bis [Paris 1961] 164). Y en *De sacramentis*: «Aqua opus est, operatio Spiritus Sancti est. Non sanat aqua nisi Spiritus Sanctus descenderit et aquam illam consecraverit» (*ibid.*, p. 68). Finalmente: «Si en el agua hay alguna gracia, no proviene de la naturaleza del agua, sino de la presencia del Espíritu Santo» (Ambrosio de Milán, *El Espíritu Santo*, I, 77 [ed. Carmelo Granadol, Ciudad Nueva [Madrid 1998] 72).

a nueva vida por el agua y el Espíritu. Te pedimos, Señor, que el poder del Espíritu Santo, por tu Hijo, descienda sobre el agua de esta fuente, para que los sepultados con Cristo en su muerte, por el Bautismo, resuciten con él a la vida»⁷⁵.

El recuerdo del bautismo mediante la aspersion del agua, sobre todo en los domingos de pascua, actualiza en nosotros la presencia del Espíritu santificador⁷⁶; es el agua viva por el Espíritu, es la gracia que llega del Padre por Cristo en el Espíritu Santo. Esta acción transformadora y unitiva del Espíritu en las aguas bautismales es tan clara que Pablo se atreve a decir que «en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados [...]. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu» (1Cor 12, 13).

4.3. Finalmente, hay otro símbolo que expresa la presencia y acción santificadora del Espíritu Santo a través de los signos sacramentales: es el óleo para la unción⁷⁷. Como el agua es vivificante por el Espíritu, así también el aceite unge y consagra por el mismo Espíritu⁷⁸. Es lo que pide el obispo en la misa crismal al consagrar el crisma: «Te pedimos, Señor, que infundas en este óleo la fuerza del Espíritu Santo con la que ungaste a sacerdotes, reyes, profetas y mártires». El agua es principio de vida, el óleo sana, fortalece, da brillo y color⁷⁹. En la Biblia, la unción a distintos per-

⁷⁵ *Misal Romano*, p. 294. Y en la bendición del baptisterio: «Te pedimos, Señor, que envíes sobre esta agua la brisa fecunda de tu Espíritu. Aquel mismo poder que cubrió a la Virgen con su sombra para que diera a luz a su Hijo primogénito, fecunde el seno de su esposa, la Iglesia» (*Bendicional*, 954).

⁷⁶ Cf. *Rito para la bendición del agua y aspersion con el agua bendita: Misal Romano*, apéndice I, p. 957.

⁷⁷ «El simbolismo de la unción con el óleo es también significativo del Espíritu Santo, hasta el punto de que se ha convertido en sinónimo suyo (cf. 1Jn 2, 20.27; 2Cor 1, 21)» (CCE n. 695).

Por otra parte, «la variété des usages de l'huile d'onction assure au rite une base symbolique très large; dans tous les cas, la réalité de l'impregnation s'impose. L'huile pénètre les corps sur lesquels elle est versée; de par sa nature, le rite marquera donc un effet durable» (E. Cothenet: *DdS* XI, col. 789).

⁷⁸ «Por lo demás no se te ocurra pensar que se trata de un simple y común unguento. Pues, de la misma manera que, después de la invocación del Espíritu Santo, el pan de la Eucaristía no es ya un simple pan, sino el cuerpo de Cristo, así aquel sagrado aceite, después de que ha sido invocado el Espíritu en la oración consecratoria, no es ya un simple aceite ni un unguento común, sino el don de Cristo y del Espíritu Santo, ya que realiza, por la presencia de la divinidad, aquello que significa» (*Catequesis de Jerusalén, Cat 21, 3 [Mistagógica 31]*: LH II, Viernes dentro de la Octava de Pascua, p. 517).

⁷⁹ «La unción, en el simbolismo bíblico y antiguo, posee numerosas significaciones: el aceite es signo de abundancia (cf. Dt 11, 14) y de alegría (cf. Sal

sonajes (reyes, sacerdotes, profetas) tiene tanta importancia, que al final el Ungido es el Mesías, el Cristo. En efecto, en la sinagoga de Nazaret, al comienzo de su ministerio, Jesús hace suya la profecía de Isaías: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido» (Lc 4, 18; Is 61, 1-2). Ungir con el Espíritu expresa la toma de posesión de alguien por parte de Dios para una misión: «Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva» (Lc 4, 19). Pedro resume la vida y obra de Jesús desde su unción con el Espíritu: «Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea, comenzando por Galilea, después que Juan predicó el bautismo; cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él» (Hech 10, 37s.). Así pues, Cristo significa ungido, el Ungido, el Mesías⁸⁰; los cristianos son los ungidos por el mismo Espíritu, unción que se expresa en el bautismo con el santo crisma, sobre la coronilla, del que acaba de ser bautizado: «Dios... que te ha liberado del pecado y dado nueva vida por el agua y el Espíritu Santo, te consagre con el crisma de la salvación para que entres a formar parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo, sacerdote, profeta y rey»⁸¹.

Con el crisma se unge también a los confirmandos, advirtiéndoles que, al ser ungidos, hechos cristos o mesías, deben esforzarse en asumir la misma misión del Señor: «dar testimonio de la verdad y ser, por el buen olor de las buenas obras, fermento de santidad en el mundo»⁸². El crisma es el símbolo principal del

23, 5; 104, 15); purifica (unción antes y después del baño) y da agilidad (la unción de los atletas y de los luchadores); es signo de curación, pues suaviza las contusiones y las heridas (cf. Is 1, 6; Lc 10, 34) y el ungido irradia belleza, santidad y fuerza» (CCE 1.293).

80 Cf. CCE 436; 695. En el *Post Sanctus* de la misa *In Die Sancto Pentecosten*, del *Missale Hispano-Mozarabicum*, se dice: «... Hoc illum unguentum est, quo prae consortibus unctus est Christus a Patre, cuiusque vetus illud crisma praetendebat figuris transeuntibus veritatem; quo delibuit quoque sacerdotes, prophetae constituebantur et reges, unius veri Regis, et Sacerdotis, et Propetae Imaginem praesignantes» (p. 955).

81 *Ritual del bautismo de niños*, n. 154; cf. *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, n. 224. Pero también en la unción prebautismal se alude a la acción del Espíritu: «Dios todopoderoso... te pedimos que este niño, lavado del pecado original, sea templo tuyo, y que el Espíritu Santo habite en él» (n. 145).

82 *Ritual de la confirmación*, n. 33. En el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*: «Vosotros recibiréis igualmente la fuerza prometida del Espíritu Santo, con la que, configurados más perfectamente a Cristo, déis testimonio de la pasión y resurrección del Señor, y os hagáis miembros activos de la Iglesia, para edificar el Cuerpo de Cristo en la fe y en la caridad» (n. 229).

Espíritu Santo, como lo expresa la fórmula sacramental: «*Accipe signaculum doni Spiritus Sancti*» (Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo)⁸³.

En la ordenación de un obispo la unción es en la cabeza, mientras el consagrante dice: «Dios, que te ha hecho partícipe del Sumo Sacerdocio de Cristo, derrame sobre ti el bálsamo de la unción, y con sus bendiciones te haga abundar en frutos»⁸⁴. En la ordenación de presbíteros, después de la imposición de manos, el obispo unge con el santo crisma las manos de los ordenandos: «Jesucristo, el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar al pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio»⁸⁵.

El santo crisma, símbolo principal del Espíritu Santo, se emplea en aquellos sacramentos que quieren expresar una entrega o consagración a Dios e implican alguna misión especial: el bautismo, la confirmación y el orden⁸⁶. De estos tres sacramentos, en los que actúa especialmente el Espíritu a través del signo del crisma, se dice que imprimen carácter, que dejan huella indeleble, la huella de Cristo, y por eso son irrepetibles⁸⁷.

Este signo del Espíritu, el crisma, se emplea también en la consagración o dedicación de iglesias y altares, para que el Espíritu Santo impregne y tome posesión de aquellos lugares en los que se va a ofrecer el sacrificio y los cristianos formarán, como piedras vivas, el cuerpo de Cristo: «El Señor santifique con su poder este altar y esta casa que vamos a ungir, para que expresen con una señal visible el misterio de Cristo y de la Iglesia»⁸⁸.

83 Pablo VI, Constitución Apostólica '*Divinae consortium naturae*' sobre el sacramento de la confirmación: *Ritual de la confirmación*, p. 14.

84 Pontifical Romano, *Ordenación del obispo, de los presbíteros y de los diáconos*, 2.ª ed. típica, n. 49.

85 Pontifical Romano, *Ordenación del obispo, de los presbíteros y de los diáconos*, 2.ª ed. típica, n. 161.

86 «La unción del santo crisma después del bautismo, en la confirmación y en la ordenación, es el signo de una consagración. Por la confirmación, los cristianos, es decir, los que son ungidos, participan más plenamente en la misión de Jesucristo y en la plenitud del Espíritu Santo que éste posee, a fin de que toda su vida desprenda 'el buen olor de Cristo' (cf. 2Cor 2, 15)» (CCE 1.294). «Los bautizados, 'por su nuevo nacimiento como hijos de Dios, están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia' (LG 11) y de participar en la actividad apostólica y misionera del Pueblo de Dios (cf. LG 17; AG 7, 23)» (CCE 1270). En la ordenación: «Este sacramento configura con Cristo mediante una gracia especial del Espíritu Santo a fin de servir de instrumento de Cristo en favor de su Iglesia» (CCE 1581).

87 Cf. CCE 1.121; 1.272; 1.304; 1.582.

88 Oración del obispo en el momento de verter el crisma en el centro y en los cuatro ángulos del altar (*Ritual de la dedicación de iglesias y de altares*, p. 49).

En la misa crismal se bendice también el óleo de los catecúmenos con que se unge el pecho del que va a ser bautizado «para que el poder de Cristo Salvador te fortalezca... con este óleo de salvación»⁸⁹, y el óleo de los enfermos con que se ungen la frente y las manos de los enfermos, mientras se invoca la ayuda del Señor «con la gracia del Espíritu Santo»⁹⁰.

El Espíritu Santo se hace presente y actúa de modo particular a través de su signo, el óleo consagrado: para disponer al catecúmeno a recibir la gracia del bautismo, para fortalecer al enfermo en la prueba y, sobre todo, mediante el santo crisma, el Espíritu actúa para hacer del cristiano miembro vivo del pueblo sacerdotal en el bautismo y la confirmación, y para representar a Cristo Sacerdote y Cabeza del pueblo en la ordenación sacerdotal y episcopal.

CONCLUYENDO

Como respetamos y veneramos los signos de la presencia sacramental de Cristo en el pan y en el vino consagrados, deberíamos también mostrar veneración a los signos de la presencia del Espíritu en los Santos Óleos, y sobre todo, en el Santo Crisma. Los signos de Cristo, el pan y el vino consagrados, tienen detrás mucha historia, los del Espíritu, entre nosotros, todavía no son suficientemente valorados. Hay demasiada incuria en el modo de conservarlos, tratarlos y administrarlos. No serían energías perdidas si empleáramos nuestras fuerzas en abrir a la comunidad cristiana los caminos del Espíritu, que no son otros que los que nos dejó Jesús en los sacramentos y, particularmente, en los que recibimos

«En virtud de la unción con el crisma, el altar se convierte en símbolo de Cristo, que es llamado y es, por excelencia, el 'Ungido', puesto que el Padre lo ungió con el Espíritu Santo y lo constituyó Sumo Sacerdote para que, en el altar de su cuerpo, ofreciera el sacrificio de su vida por la salvación de todos.

La unción de la iglesia significa que ella está dedicada toda entera y para siempre al culto cristiano. Se hacen doce unciones, según la tradición litúrgica... para significar que la Iglesia es imagen de la ciudad santa de Jerusalén» (*Ritual*, n. 16a p. 28).

Este rico simbolismo se expresa de una manera particular en la oración de dedicación (cf. *Ritual*, p. 47s., 92s.).

89 *Ritual del bautismo de niños*, n. 146; cf. *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, n. 207.

90 *Ritual de la unción y de la pastoral de enfermos*, n. 143. Cf. José María de Miguel González, «La acción del Espíritu Santo en la unción de los enfermos», *EstTrin* 30 (1996) 357-384.

la unción del Espíritu, el bautismo, la confirmación, el orden y la unción de los enfermos. Sin olvidar, naturalmente, la acción santificadora del Espíritu en la eucaristía, en el perdón de los pecados y en la alianza matrimonial. En todos los casos, y siempre, hay que invocar su presencia que es la de Dios actuando en la historia.

JOSÉ MARÍA DE MIGUEL GONZÁLEZ

SUMMARY

On the basis of St. Teresa's recommendation to place ourselves in an attentive and vigilant attitude before God «because if a person does not think whom he is addressing, and what he is asking for, and who it is that he is asking and of whom he is asking it, I do not consider that he is praying at all, even though he may be constantly moving his lips» (The Mansions I, 1, 7), the author attempts to show how the easy shift between rite and ritualism and between adoration and wordiness is only saved in the Holy Spirit. Hence the importance of highlighting in the celebration of the liturgy the gestures and symbols of the presence of the Spirit, so that our worship reaches the Father «in Spiritu et veritate» (Jn 4, 23).